#### PREMIO NUEZ

# DISCURSO ENTREGA PREMIO JOSÉ NUEZ A DIAMELA ELTIT

### José Luis Samaniego

(Director Instituto de Letras)
Pontificia Universidad Católica de Chile

Es ésta la segunda ocasión en que realizamos la Ceremonia de Entrega del Premio de Literatura "José Nuez Martín" para dar cumplimiento al convenio acordado entre la Fundación y la Pontificia Universidad Católica de Chile. Dicho convenio tiene por finalidad galardonar, alternadamente, la mejor obra (novela y teatro) publicada en el país, y en el caso de teatro, por razones de género, publicada y (o) estrenada, durante los dos años anteriores al que se otorga el Premio, obra que contenga, a la vez, valores literarios y éticos concordantes con los principios de la Universidad.

Este año correspondió premiar una novela. El jurado, por unanimidad, privilegió la obra *Los Vigilantes* de Diamela Eltit, de entre las tres finalistas, una de ellas inscrita en el realismo mágico, más conocido en nuestro medio, y la otra, en la tradición narrativa convencional, cuyos rasgos dominantes son la claridad y la entretención.

Esta novela de Diamela –inscrita como toda su producción anterior en el modelo cultural del barroco hispanoamericano o, mejor dicho, del neobarroco-corresponde a una propuesta literaria que implica un doble compromiso, inseparable entre sí, por una parte, compromiso con la escritura, con el hacer creativo de la palabra, y por la otra, compromiso con la profunda crisis de la realidad hispanoamericana en busca de libertad y de su propia identidad.

En un lenguaje superabundante, densamente entretejido, poético a la vez que descarnado, creador de un mundo ficticio pero, en sí, verosímil, cuyo único referente externo es el conflicto de una pareja por la educación y tutela del hijo, nos entrega Diamela una novela de contrapuntos, construida desde una poética del espacio –cuerpo, casa, calle y vecinos, ciudad, occidente, mundo–, el que se cierra en círculos concéntricos que van, de fuera hacia dentro, desde un Mundo mutilado, inhabitable, por la ingratitud y perfección inherentes a la especie humana, a un Occidente –¿Hispanoamérica? – cuya fachada, orden y destino no

resuelve sus contradicciones internas de riqueza y miseria, de sometimiento y libertad, a una Calle con Vecinos arrogantes a la vez que inseguros por temor a perder el poder alcanzado, a la Casa—refugio y fortaleza—en la que habitan madre e hijo, hasta quedar en el último círculo, reducidos al espacio de su propia corporeidad—calavera, hombro, hambre, fémur, sílaba, cadera, piel—.

Los Vigilantes, cuya voz narrativa femenina recurre a la escritura epistolar –cartas dirigidas al padre de su hijo– y que tiene como marco, capítulos primero y último, la voz narrativa del hijo, se estructura, según decíamos, como novela de contrapuntos. En efecto, entre éstos, cabe destacar los siguientes:

- -Contrapunto de espacios: entre el espacio interno del personaje femenino, del hijo y de la casa, por una parte, y el externo de la calle, de los vecinos y de la ciudad; pero también entre el espacio urbano y el espacio natural de donde ella procede.
- -Contrapunto de género: entre el personaje masculino y el femenino, que representan, el primero, la voluntad de sometimiento, y la búsqueda de libertad y de belleza, el segundo. "Juntos llegaremos, más tarde o más temprano, a habitar para siempre en el centro móvil de la belleza" (110).
- -Contrapunto generacional o de discursos: entre la voz narrativa de la madre y la del hijo.
- -Contrapunto de valores y concepciones de vida: entre las oscuras raíces ancestrales, instintivas y espontáneas de la madre, capaz de acoger solidariamente a los desamparados de la periferia de la ciudad y el orden rígido del padre, establecido por ordenanzas y reglamentos, gestor de las leyes que producen marginalidad.
- —Contrapunto de la presencia y ausencia de Dios. Hay momentos en que Dios, en cierto modo, se hace presente en la obra. Así, en la naturaleza de los bosques donde ella dice haber forjado su propia naturaleza: "Los bosques son una materia semejante a Dios" (57). Y también, en los ojos abiertos de los niños muertos:

Dicen que un número indeterminado de desamparados encontraron el fin durante las últimas heladas. Se murmura que familias completas murieron con sus cuerpos acurrucados unos sobre otros. Me han dicho que los niños tenían los ojos abiertos como si antes de morir hubieran vislumbrado la omnipotencia de Dios (68).

En cambio, la ausencia de Dios se manifiesta en el espacio urbano: "Afirman que la ciudad ha sido abandonada por la mano de Dios y yo pienso que

si eso fuera así, se debe únicamente a la avaricia de los hombres" (41), como asimismo en la declaración de los desamparados: "Dios jamás nos ha recompensado ni se ha aparecido ante nosotros bajo ninguna forma" (107), ausencia explicable en ellos por la manipulación que de Dios hacen los representantes del orden impuesto: "Afirmaron que alguien usaba el nombre de Dios como una feroz estocada para ocultar el hambre y que si en realidad existiera una Gloria Eterna, estaría únicamente en la hazaña de sus difíciles existencias." (107)

-Contrapunto de las opuestas fuerzas fundacionales de la realidad hispanoamericana, representadas por la figura paterna que encarna lo europeo -orden occidental- y la figura materna que encarna lo autóctono americano, personaje que en el desarrollo de la obra es sistemáticamente vigilada, asediada, intimidada, descalificada, mal interpretada, presa de una red urdida por él, atacada, agredida, enclaustrada, paralizada por la vigilancia de él y de los vecinos, permanentemente censurada y corregida por la madre de él, para finalmente ser juzgada, culpada y declarada ciudadana interdicta, una peligrosa rebelde social por haber abierto su casa a los desamparados: "... hube de repetir muchas veces el gesto de la puerta abierta" (108).

-Contrapunto entre el hijo y sus progenitores. La criatura, producto inarmónico del cruce de dos mundos opuestos, es el personaje que no tiene habla; pero que, a pesar de ello, es omnisciente -sabe todo lo que ocurre, lee el pensamiento, presiente el futuro-, y profundamente creativo en sus juegos con las vasijas. Encarna el mestizaje, cuya relación simbiótica con la madre terminará cuando pueda decir su palabra: la palabra hambre.

Y me atrevería a agregar que también es posible hablar de un **contrapun**to entre autor y lector, pues el primero propone al segundo un ejercicio pensante, de cooperación activa, en el desciframiento de su discurso.

Habría demasiadas cosas que decir. Lo que aquí proponemos no pretende sino cierto acercamiento tentativo que, en nuestra opinión, permite mostrar algunos de los valores literarios y éticos contenidos en la obra que hoy galardonamos.

Los Vigilantes es una novela cuya interpretación requiere e implica –qué duda cabe— muchas lecturas. Ciertamente que no está dicha la última palabra ni sobre la nueva narrativa de Diamela Eltit ni sobre esta novela en particular. Pero de lo que sí estamos seguros al entregar este premio es que Los Vigilantes forma parte de una nueva propuesta narrativa cuyo discurso literario constituye un tejido lingüístico, válido por sí mismo, autorreferente en cuanto a creación de mundos, y cuya textualidad rica y profunda en densidades complejas se configuran en signo de la crisis de identidad de Hispanoamérica, continente en búsqueda permanente de palabra propia y libertad.

## QUISIERA1

#### Diamela Eltit

Quiero agradecer al Instituto de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile y a la Fundación José Nuez Martín por haber conferido el premio "José Nuez Martín" a mi novela *Los Vigilantes* y manifestar, muy especialmente, mi reconocimiento al jurado de este certamen conformado por el Director del Instituto, José Luis Samaniego, y los académicos Rodrigo Cánovas, Jaime Hagel, Mónica Hube y Luis Vargas Saavedra. También quiero dejar constancia de la extraordinaria gentileza manifestada por la académica Carola Oyarzún durante la organización de este evento.

Quiero agradecer a mis hijos, a mi madre y a Rosa Vergara su presencia y su paciencia, a mis amigas y amigos del mundo cultural por la inteligente, afectiva, efectiva interlocución que me han brindado a lo largo de este tiempo.

La obtención de este premio me ha impulsado a pensar la relación entre novela y autoría y cuando he intentado analizar esta relación, me he sentido, en parte, como una impostora, como la que priva hoy a esa otra -la que escribe- de una ceremonia irrealizable. No soy exactamente yo la responsable del libro *Los Vigilantes*, es la otra de mí, aquella que escribe y escribe, por ello me siento como una representante difusa de un libro del que conozco parte de su proceso de elaboración. Sé que trabajé exhaustivamente el texto y, no obstante, ahora me cuesta reconstruir el cómo realicé los enlaces, en qué momento una frase o una palabra encontraron un sentido estético y cuándo se ordenó una trama posible que llevó la novela hasta el instante final de su clausura.

Sin embargo, desde mi dedicación ya antigua al ejercicio literario, me gustaría esbozar aquí algunos de los pensamientos que me han acompañado y, más aún, me han sostenido en estos años en los que escribir y generar libros ha sido la actividad compleja que ha marcado mi tiempo. Hablando desde una perspectiva estrictamente personal, lo literario tiene para mí un doble sentido, por una parte un aspecto lúdico relacionado con la combinatoria arriesgada de los códigos lingüísticos y sus impactos estéticos y, por otra, la presencia

Discurso leído por Diamela Eltit en la Ceremonia de Entrega del Premio José Nuez 1995 a la mejor novela.

ceremonial e íntima de la escritura como zona de incertidumbre, de suspenso y de riesgo en el empeño por la construcción nómada de sentidos sociales.

Me interesa y me sigue apasionando la ambigüedad que se puede generar a través de los sentidos literarios, esa apertura que algunos libros presentan quebrando lo monolítico del relato acabado. Me reconozco seducida por ciertos microrrelatos que atraen sobre sí innumerables gestos, rictus y simulacros estéticos, y que permiten la circulación rebelde de fragmentos estratégicos oprimidos por las culturas oficiales. El campo de trabajo literario que me convoca, en tanto productora y lectora, contempla la fragmentariedad y la superposición de hablas, contempla aún lo inacabado como estrategia narrativa y, a manera de una metáfora, quiero decir que contempla incluso la estrategia de la estrategia como escenario de escritura, en un acto de liberación de los sentidos y de protección contra la ideologización de la literatura.

Por supuesto, pienso lo literario como un campo múltiple de opciones y prácticas, soy una incondicional admiradora de la gran tradición literaria en lengua española, especialmente la literatura medieval y el impresionante barroco y, a la vez, me siento relacionada con aquellas literaturas en las que lenguaje y sentido comparten un espacio privilegiado de despliegue y repliegue, en un juego no exento de opacidad y misterio. Pienso en el lector. Siento al lector como una cifra cómplice del texto, como un operador de la tarea de desentrañamiento, quiero decir, el acto de leer no puedo imaginarlo sino como una aventura en la que lo más importante es aventurar y aventurar y aventurarse.

En este sentido es que pienso también en el hacer literario como un campo político privilegiado de la escritura, como otra aventura múltiple e irreductible donde lo que está en la mira, en el microscopio textual, son los poderes de las estéticas y sus interrelaciones con la virtualidad social, ya en desacato, ya en armonía. Después de tantos años me sigue deslumbrando el poder estético de la escritura literaria, esa conmoción que generan sus signos, sentidos e imágenes y la capacidad de iluminar percepciones, sensaciones, pensamientos enteros.

Los Vigilantes es la novela escrita en situación de extranjería, cuando radicaba en México, en donde mirando, pensando desde norte a sur, se me presentaba la ciudad latina en una situación de grandes desigualdades sociales, de agudas divergencias que iban en desmedro de los habitantes más débiles, aquellos que sufrían los efectos del terrible desamparo de las instituciones, de la indiferencia de los nuevos sistemas políticos.

La sensación de desprotección urbana -en el interior de una Latinoamérica apenas entrevista- fue recayendo en la novela, desviándose hacia otras formas de desamparo, hacia nuevas sensaciones de orfandad y de sojuzgamiento. Fue

recayendo incluso en la misma escritura como cerco, soledad y margen, como ajenidad en medio de sociedades que construyen su orden a través del consumismo, generando un asimétrico y empobrecido sistema de satisfacción instantánea. Porque pienso que la manía inculcada políticamente a consumir, a consumir, a consumir, es una forma de avidez que conduce a un injusto y programático descalabro cultural y ético portando la destrucción de los objetos e incluso de los cuerpos.

Estas sensaciones, me parece, se las traspasé a la otra -a la que escribe- y se constituyeron en referentes literarios. En la novela *Los Vigilantes*, le debo a Samuel Beckett, le debo a Faulkner, las lecturas tan antiguas y emocionadas de sus libros *Molloy* y *El Sonido* y *la Furia*, le debo al pintor Rufino Tamayo la imagen robada de un cuadro suyo. Textos e imágenes, imágenes y textos que transitan inesperadamente por el imaginario de la que escribe para conformar los materiales locales de una novela sudaca.

Sé que mi opción literaria conlleva algunos riesgos y puede generar, en algún lugar, un cierto malentendido, no obstante, me gustaría enfatizar el hecho que más allá de cualquier discurso, más allá de este mismo discurso está viva y en curso mi batalla por escribir, esta larga batalla por el sentido, por establecer, desde las orillas que he escogido, una porción de sentido.

Este premio que hoy se le confiere a mi novela forma parte de una estimulante incertidumbre más. No pienso que una escritora o un escritor escriban, en ninguna instancia, para ser premiados, el verdadero premio es la publicación autónoma de sus libros liberados a lecturas también autónomas y muy separadas de sus autores. Veo esta distinción como un trabajo de lectura de un jurado independiente, trabajo por el que hoy nos encontramos para seguir hablando de lo mismo, de los problemas literarios, de literatura en el interior de este prestigioso centro académico nacional del que, por otra parte, en mi juventud fui una alumna más y en donde obtuve mi título universitario.

Continúo absorta en el empeño por escribir, por mantener una mirada vigilante y autocrítica sobre mis libros porque considero que soy habitada por una artesana que debe revisar en cada oportunidad sus técnicas, una narradora que escribe en mí y que más que respuestas mantiene preguntas, más que certezas, dudas y que está abierta a replantearse de principio a final si un nuevo planteamiento literario se vuelve necesario.

Como escritora sometida a ciertos avatares producto de una cultura restrictiva, como autora considerada quizás, en parte, conflictiva quiero resistir el dejarme envolver en catalogaciones que ya me parecen, por qué no decirlo, inaceptables y sospechosas. Con trabajo y sólo con un exhaustivo trabajo he ido

construyendo a través de creatividad, estudios y lecturas, algunos saberes móviles a los cuales no quiero renunciar en aras de un facilismo complaciente. Aunque, repito, estoy abierta a revisar cada fragmento, cada capítulo, cada escrito y más allá de las imperfecciones literarias que me rondan y desafían, la gran ganancia de estos años dedicados a la literatura, consiste precisamente en eso, en saber que el trabajo con las estéticas no es inocente, que lo literario se sostiene en la modificación crítica de los sentidos, que el placer de leer está anclado en la problematización que una obra plantea cuando toca el imaginario sensible de un lector, que la pluralidad narrativa descansa en la diversidad.

Y ahora, resguardándome en esa diversidad, me alegra infinitamente que la novela *Los Vigilantes* haya encontrado eco en el desamparo que nos habita. Me refiero al desamparo que yace, allí, incubado en medio de ese fragmento desprovisto y profundamente humano de cada uno de nosotros.